

HISTORIAS Y PARÁBOLAS PARA NIÑOS

Historias de los Padres del Desierto

Volumen VI

HISTORIAS ILUSTRADAS PARA TODA LA FAMILIA



UN LIBRO PARA LAS VELADAS JUNTOS



Una historia leída con cariño crece con nosotros.



ESTE LIBRO PERTENECE A

Mi nombre / nuestra familia



VOLUMEN VI

Historias de los Padres del Desierto

Diez historias · Edición ilustrada

Octubre de 2026

Las citas bíblicas siguen, con adaptaciones, la versión *Dios habla hoy*®,
© Sociedades Bíblicas Unidas.



PACIENCIA, MANSEDUMBRE Y SABIDURÍA

En este volumen



- 52 **Abba Moisés y la cesta agujereada** 5
Abba Moisés el Etíope



- 53 **Abba Juan el Pequeño y el bastón seco** 15
Abba Juan Colobós (el Pequeño)



- 54 **Abba Agatón y la piedra en la boca** 25
Abba Agatón



- 55 **Abba Antonio y el arco demasiado tenso** 35
San Antonio el Grande



- 56 **El discípulo y las palabras esparcidas como plumas** 45
Parábola de la tradición cristiana (no pertenece a los Dichos de los Padres)



- 57 **El anciano que regaló su tesoro** 55
Un anciano del desierto



- 58 **El hermano que pidió perdón primero** 65
Un anciano del desierto



- 59 **Abba Poimén y el hermano cansado** 75
Abba Poimén el Grande



- 60 **Abba Macario y la palabra amable** 85
San Macario el Grande (el Egipcio)



- 61 **Los dos hermanos que no sabían pelearse** 95
Dos ancianos del desierto

VOLUMEN VI

Historias de los Padres del Desierto



*«No juzguen, para no
ser juzgados».*

MATEO 7, 1

De la paciencia y las buenas palabras.
Del perdón y la paz entre hermanos.

HISTORIA 52



Abba Moisés y la cesta agujereada

Del Patericón · Abba Moisés el Etíope

**EN ESTE CAPÍTULO**

La historia para los pequeños · 4-7 años p. 6

Hablamos con los pequeños p. 8

La historia completa · desde los 8 años p. 9

Lo que nos enseña · Hablamos en familia p. 13

LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS · 4-7 AÑOS

1 / 2

Lejos, en Egipto, se extiende el desierto: arena hasta donde alcanza la vista, rocas quemadas por el sol y un cielo azul sin una nube. De día hace tanto calor que el aire tiembla sobre el suelo. Allí vivían monjes, cada uno en su celdita de piedra y barro.

Un día, los hermanos se reunieron con el ceño fruncido. Uno de ellos había fallado, y los demás querían decidir qué castigo darle.

«Llamemos también a abba Moisés», dijo el sacerdote. «Abba» quiere decir «padre»: así llamaban a los ancianos sabios del desierto.

Pero Moisés no vino.

Lo llamaron por segunda vez: «¡Ven, padre, todos te esperan!».

Entonces Moisés se levantó. Tomó una cesta vieja, llena de agujeros, la llenó de arena y se la cargó a la espalda. Y se puso en camino.

Por el camino, la arena se escapaba por los agujeros. Fss, fss, fss... Detrás quedaba un rastro largo y fino. Moisés seguía adelante sin mirar atrás.

Los hermanos lo vieron de lejos y salieron a su encuentro. «Padre, ¿qué es esa cesta?».

Moisés se detuvo. Les mostró el rastro de arena y dijo en voz

LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS · 4-7 AÑOS

2 / 2

baja: «Mis pecados corren detrás de mí y no los veo. Y hoy he venido a juzgar las faltas de otro».

Nadie dijo nada más. Cada uno pensó en su propia cesta... y en la arena que se escapaba detrás de él.

La falta del hermano no se había vuelto buena. Pero los hermanos recordaron que también ellos necesitan perdón cada día.

Así que no dijeron nada más contra él. Lo perdonaron. Y el hermano que había fallado levantó los ojos: ya nadie lo miraba con dureza.

Al anoecer, el viento del desierto cubrió despacio el rastro. Pero los hermanos no lo olvidaron. Cuando iban a juzgar a alguien, recordaban la cesta agujereada y se preguntaban: «¿Y mi cesta?».



DESPUÉS DE LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS

Hablamos con los pequeños

Unas preguntas sencillas para después de la historia. Dejen que el niño responda con sus palabras; las respuestas son solo una ayuda.

1 ¿Qué puso abba Moisés en la cesta agujereada?

Respuesta: Arena.

2 ¿Qué le pasaba a la arena por el camino?

Respuesta: Se escapaba por los agujeros y dejaba un largo rastro tras él.

3 ¿Qué les dijo Moisés a los hermanos?

Respuesta: Que él también tenía faltas que no veía, como no veía la arena a su espalda.

4 ¿Qué hicieron los hermanos con el hermano que había fallado?

Respuesta: Dejaron de juzgarlo y lo perdonaron.

LO HACEMOS JUNTOS

- Llenen de arroz o de arena una bolsa con un agujerito y miren cómo se escapa detrás de ustedes.
- Cuando quieran decir «él se equivocó», deténganse y pregúntense primero: «¿Y mi cesta?».



UNA PEQUEÑA ORACIÓN

*Señor, ayúdame a no juzgar a los demás
y a perdonar como tú me perdonas. Amén.*

En Escete, en el desierto de Egipto, la arena se extiende hasta donde alcanza la vista, y por la mañana las rocas se vuelven doradas a la luz del sol. Los monjes vivían allí en celdas sencillas, muy alejadas unas de otras. De día tejían cestas y esteras con hojas de palmera, traían agua de pozos lejanos y rezaban. Los sábados y domingos se reunían en la iglesia, y luego cada uno volvía a su silencio.

Pero un día el silencio se rompió. Una noticia voló de celda en celda, más rápida que el viento del desierto: un hermano había fallado.

Junto al pozo, en los senderos, a la puerta de la iglesia, no se hablaba de otra cosa. Unos meneaban la cabeza. Otros decían con firmeza qué castigo merecía. El nombre del hermano pasaba de boca en boca, y él, aparte, con los ojos en el suelo, lo oía todo.

Los padres decidieron reunirse para juzgar el caso. Entonces el sacerdote dijo: «Llamemos también a abba Moisés». «Abba» quiere decir «padre»: así llamaban a los ancianos de quienes aprendían.

Abba Moisés no siempre había sido manso. De joven fue bandido, fuerte y temido, e hizo mucho mal. Pero Dios le cambió el corazón. Llegó al desierto, lloró sus pecados y los padres lo recibieron con amor. Sabía por su propia vida lo que es necesitar misericordia.

Un hermano fue a su celda y lo encontró trabajando. «Padre, te llaman a la asamblea. Un hermano ha fallado y hay que juzgarlo».

Moisés dejó el tejido de las manos, calló un momento y respondió: «No voy».

Cuando el mensajero se fue, el anciano se quedó solo. Se miró las manos, grandes y ásperas. Aquellas manos habían hecho mucho mal

en otro tiempo. Recordaba la noche en que, con el corazón roto, llamó a la puerta de los padres del desierto. Nadie lo echó entonces. Nadie le enumeró todas sus faltas. Lo acogieron, le enseñaron y rezaron por él. ¿Cómo podía él, precisamente él, ponerse ahora ante otro como juez?

El mensajero volvió solo. En la asamblea se levantó un murmullo. ¿Cómo que no viene? ¡Su palabra era justo la que más habría pesado! El sacerdote mandó a buscarlo otra vez, con un ruego aún más insistente: «¡Ven, que todos te esperan!».

Esta vez, Moisés se levantó. No preparó ningún discurso. Buscó en la celda una cesta vieja, con el tejido roto aquí y allá, por la que se veía la luz como a través de un tamiz.

La llenó de arena hasta arriba. Los granos empezaron a caer en cuanto la levantó. El anciano no tapó ningún agujero. Se cargó la cesta a la espalda y salió al sol.

El camino hasta la asamblea era largo. Sus pasos crujían suaves sobre la grava, y de la cesta caía sin parar un polvo fino, como en un reloj de arena. Detrás se extendía un rastro delgado y sinuoso, que seguía cada curva del sendero.

Moisés miraba adelante. No veía el rastro. Estaba a su espalda.

Algunos hermanos que trabajaban junto a sus celdas alzaron la cabeza para ver quién pasaba. Vieron a un anciano encorvado bajo una carga extraña y un hilo de arena que caía de ella sin fin. Uno quiso gritarle que se le vaciaba la cesta. Luego se detuvo, desconcertado: el anciano lo sabía, sin duda. Y aun así no se detenía.

En el lugar de la asamblea, los hermanos esperaban impacientes.

Unos se preguntaban qué diría el anciano y a quién daría la razón. Al verlo llegar, salieron a recibirlo.

Primero vieron la cesta. Luego la arena que se escurría de ella. Luego el rastro que se perdía atrás, a lo lejos, entre las rocas.

«¿Qué es esto, padre?», le preguntaron.

Moisés se detuvo. Miró el largo rastro que dejaba atrás y luego a los hermanos, uno por uno. Cuando habló, su voz era serena:

«Mis pecados corren detrás de mí y no los veo. Y hoy he venido a juzgar las faltas de otro».

Solo dijo eso.

Nadie respondió. El viento pasó sobre la arena y movió un poco el borde del rastro. Alguien bajó la mirada. Otro recordó una palabra dura dicha a un hermano el día anterior. Otro, una tarea que había dejado sobre los hombros de otro. Cada uno llevaba una cesta. Y ninguno había mirado con atención detrás de sí.

Moisés no los había acusado. Había hablado solo de sí mismo. Por eso mismo sus palabras calaron tan hondo. Hasta entonces, todos habían mirado hacia el mismo lado: hacia el hermano que había fallado. Ahora, por primera vez aquel día, miraron también sus propias huellas.

La falta seguía siendo falta, y Moisés no había dicho que lo que hizo el hermano estuviera bien. Pero nadie podía ya hablar como si él mismo nunca hubiera necesitado perdón.

Cuenta el Patericón que, al oír esto, los hermanos callaron y perdonaron al hermano.

El hermano que había fallado levantó despacio los ojos. Esperaba dureza, vergüenza, quizá incluso que lo echaran. En cambio, encontró a su alrededor miradas mansas. Aún tenía que reparar lo que había estropeado, pero ya no estaba solo. Sus hermanos lo acogían de nuevo.

La asamblea se disolvió. Cada uno volvió a su celda, a su tejido, a la oración. Moisés también regresó, con la cesta vacía al hombro, mucho más ligera que a la ida.

Al caer la tarde, se levantó el viento del desierto. Poco a poco alisó el rastro de arena, hasta borrarlo del todo.

Pero en el corazón de los hermanos, el rastro quedó. Durante años, cuando alguno iba a juzgar la falta de otro, recordaba al anciano que caminaba bajo el sol con una cesta agujereada a la espalda. Y antes de pronunciar ningún juicio, se volvía y miraba con sinceridad sus propias huellas.



«No juzguen, para no ser juzgados».

Mateo 7, 1



UN PENSAMIENTO PARA GUARDAR

Lo que nos enseña

Antes de juzgar la falta de otro, mira tu cesta: tú también tienes faltas que no ves.

La cesta agujereada de abba Moisés es un icono, es decir, una imagen que nos dice algo sobre nosotros. La arena que cae son nuestros pecados. Se quedan «detrás», es decir, no los vemos fácilmente. Los de los demás los vemos enseguida, porque los tenemos delante de los ojos. El Salvador decía lo mismo cuando hablaba del que ve la paja en el ojo de su hermano, pero no ve la viga en el suyo. Abba Moisés no dijo que lo que hizo el hermano estuviera bien. La falta sigue siendo falta. Pero nos enseñó que los jueces de los demás no somos nosotros, sino Dios. Estamos llamados a ver primero nuestras propias faltas, a arrepentirnos y a rezar por el que ha fallado. Cuando perdonas, le das al otro fuerzas para levantarse. Cuando juzgas con dureza, lo empujas más abajo.

PARA LOS MAYORES · 12-14 AÑOS

Hoy, la «asamblea que juzga» ocurre a menudo en el teléfono: un grupo de la clase, un comentario, una captura de pantalla reenviada. Es fácil escribir «qué ridículo» sobre alguien que se ha equivocado. La próxima vez que tengas ganas de unirte a los que se ríen o juzgan, piensa en la cesta de abba Moisés. Puedes no escribir nada, escribir algo amable o hablar en privado con esa persona. Eso no es debilidad, sino valentía. Y si alguien es juzgado y humillado en internet de un modo que le hace daño, díselo a un adulto de confianza.



Hablamos en familia

1 ¿Qué puso abba Moisés en la cesta agujereada?

Respuesta: Arena, que caía por el camino detrás de él.

2 ¿Qué significaba la arena que caía?

Respuesta: Sus pecados, que no veía porque se quedaban detrás.

3 ¿Qué hicieron los hermanos después de oír a abba Moisés?

Respuesta: No dijeron nada más contra el hermano y lo perdonaron.

4 ¿Te ha pasado ver enseguida la falta de otro, pero no la tuya?

Respuesta libre: hablen juntos, sin dar nombres.

LA BUENA OBRA DE LA SEMANA

- El juego de la semana: cada vez que quieras decir «él hizo...» o «ella es...», detente y di por dentro: «¡Señor, perdóname también a mí!».
- Por la noche, en familia, cada uno cuenta una falta suya de ese día (no de otro) y una buena obra que hará mañana.
- Hagan juntos una cestita de papel con un agujero y pónganla junto a los iconos, para acordarse de abba Moisés.



ORACIÓN BREVE

*Señor Jesús, concédeme ver mis propias faltas
y no condenar a mi hermano.
Enséñame a perdonar, como tú me perdonas a mí. Amén.*

PARA LOS PADRES

Si pueden, muestren a los niños una cesta o una bolsa con un agujerito y arena o arroz, para que vean cómo se escapa. Subrayen que abba Moisés no dijo que la falta fuera buena, sino que no nos toca condenar a los demás. En algunas ediciones del Patericón aparece un cántaro agujereado con agua y no una cesta con arena: el sentido es el mismo.

HISTORIA 53



Abba Juan el Pequeño y el bastón seco

Del Patericón · Abba Juan Colobós (el Pequeño)

**EN ESTE CAPÍTULO**

La historia para los pequeños · 4-7 años

p. 16

Hablamos con los pequeños

p. 18

La historia completa · desde los 8 años

p. 19

Lo que nos enseña · Hablamos en familia

p. 23

LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS · 4-7 AÑOS

1 / 2

En el desierto de Egipto, el sol quemaba de la mañana a la noche. No había hierba ni árboles, solo arena, piedras y, aquí y allá, alguna celdita. El agua estaba muy lejos.

Allí llegó un joven llamado Juan, para aprender de un anciano sabio. Los hermanos lo llamaban Colobós, es decir, «el Pequeño», porque era bajito.

Un día, el anciano tomó un palo seco y lo clavó en la tierra, junto a la celda. No tenía hojas ni brotes. Estaba pelado y gris, como un bastón viejo.

«Juan», le dijo el anciano, «riega este palo cada día, hasta que dé fruto».

Juan miró el palo. Luego tomó el cántaro y se puso en camino.

El pozo estaba tan lejos que salía por la tarde y volvía por la mañana. Caminaba toda la noche bajo las estrellas, con el cántaro en brazos, sin derramar ni una gota.

Al amanecer, echó el agua al pie del palo. Y el palo siguió seco.

Por la tarde salió otra vez. Por la mañana lo regó otra vez. Y el palo siguió seco.

Y así, día tras día. Con el verano ardiente. Con las noches frías del invierno. Juan llevaba el agua... y el palo seguía seco.

LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS · 4-7 AÑOS

2 / 2

Pero Juan nunca dijo: «¡Basta! ¡No pasa nada!». Confiaba en su anciano. Y sabía que Dios ve cada camino.

Así pasaron tres años. Y una mañana, al volver con el cántaro, Juan se detuvo asombrado: ¡en el palo seco habían salido brotes pequeños y verdes!

Los brotes se hicieron hojas, y luego llegaron los frutos. ¡El palo seco era ahora un árbol con fruto!

El anciano recogió los frutos y los llevó a los hermanos, a la iglesia. «Tomen y coman», dijo, «del fruto de la obediencia».

Los hermanos los probaron y se alegraron. Y Juan sonreía, pensando en todas las noches de estrellas y en todos los caminos con el cántaro. No se había perdido ni una gota.



DESPUÉS DE LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS

Hablamos con los pequeños

Unas preguntas sencillas para después de la historia. Dejen que el niño responda con sus palabras; las respuestas son solo una ayuda.

1 ¿Qué clavó el anciano en la tierra?

Respuesta: Un palo seco, como un bastón viejo.

2 ¿Qué tenía que hacer Juan cada día?

Respuesta: Regar el palo, con agua traída de muy lejos.

3 ¿Cuánto tiempo lo regó?

Respuesta: Tres años.

4 ¿Qué pasó al final?

Respuesta: El palo reverdeció y dio frutos: «el fruto de la obediencia».

LO HACEMOS JUNTOS

- Pongan un frijol (alubia) en un vaso con algodón mojado y riéguenlo juntos cada día.
- Elijan algo bueno para hacer cada día durante una semana, aunque no vean pronto el resultado.



UNA PEQUEÑA ORACIÓN

*Señor, dame paciencia
para hacer el bien cada día. Amén.*

LA HISTORIA COMPLETA · DESDE LOS 8 AÑOS

1 / 4

El desierto de Escete era un lugar duro. De día, el sol abrasaba arena y piedras; de noche, el viento traía un frío penetrante. Había pocos árboles, y el agua estaba lejos, en pozos a horas de camino. Y, sin embargo, allí vivían muchos monjes, que aprendían de los ancianos la paciencia, la obediencia y la oración.

Allí llegó, todavía joven, Juan. Era menudo, así que los hermanos lo llamaron Juan Colobós, es decir, Juan el Pequeño. Pero su corazón era grande: quería con toda el alma aprender a vivir con Dios.

Se puso junto a un anciano y empezó a obedecerle en todo. El anciano lo miraba con amor, pero también con atención. Sabía que la alegría del comienzo pasa pronto y que solo después se ve lo que hay en el corazón de un hombre.

Un día, el anciano tomó un palo seco, una especie de bastón viejo, gris y agrietado por el sol, y lo clavó en la tierra, delante de la celda. No tenía ni una hoja, ni un brote, ni rastro de vida.

«Riega este palo cada día con un cántaro de agua», le dijo, «hasta que dé fruto».

Juan miró el palo. Cualquiera en el desierto sabía que un bastón seco no reverdece. Podría haber preguntado: «¿Para qué?». Podría haber sonreído incrédulo. No hizo ni lo uno ni lo otro. Tomó el cántaro y se puso en camino.

El agua no estaba cerca. El Patericón cuenta que el pozo estaba tan lejos que Juan salía por la tarde y volvía por la mañana.

La ida era fácil: el cántaro vacío se balanceaba en su mano, y el fresco de la tarde llegaba tras el calor como una caricia. Luego caía la noche. Las estrellas se encendían una a una sobre las dunas, y a lo

LA HISTORIA COMPLETA · DESDE LOS 8 AÑOS

2 / 4

lejos se oía a veces un chacal. Juan seguía adelante, rezando por dentro.

En el pozo llenaba el cántaro hasta el borde. Ahí empezaba lo difícil. El cántaro lleno le tiraba de los brazos, el sendero era pedregoso y, a oscuras, cada paso exigía cuidado. Una gota derramada era una gota perdida.

Al amanecer llegaba a la celda, cansado y polvoriento, y echaba el agua al pie del palo. La tierra la bebía en un instante. Juan se quedaba mirando. El palo estaba seco.

A la tarde siguiente salía de nuevo. Y a la mañana siguiente, otra vez. El palo seguía seco.

Los primeros días tuvieron algo del encanto de lo nuevo. Luego vinieron las semanas. Llegó a conocer el camino hasta la última piedra. Sabía dónde bajaba el sendero, dónde la arena era blanda, dónde aflojar el paso con el cántaro lleno.

Solo entonces empezó la verdadera prueba: seguir haciendo algo bueno cuando ya no queda nada nuevo en ello. Salir una vez más, cuando nadie te ve y nada cambia.

Quizá algunas noches le pesaban las piernas, y los pensamientos preguntaban: «¿Tendrá sentido?». El Patericón no lo dice. Solo dice que Juan fue. Tarde tras tarde. Sin convertir su obediencia en algo que hacía solo cuando tenía ganas.

Entre viaje y viaje, cumplía sus otros deberes: tejía cestas, rezaba, escuchaba las palabras del anciano. Y delante de la celda seguía, día tras día, aquel palo seco, como una pregunta sin respuesta.

Pasaron las estaciones: el calor del verano, las noches frías del

LA HISTORIA COMPLETA · DESDE LOS 8 AÑOS

3 / 4

invierno, los vientos que llenaban el aire de arena. Juan no podía traer la lluvia ni hacer salir un brote. Solo podía llevar el agua. Y la llevaba.

Así pasaron tres años.

Entonces, una mañana, Juan volvió del pozo y se inclinó como siempre junto al palo, con el cántaro en las manos. Y se quedó inmóvil.

En la corteza gris se había hinchado un brote. Pequeño, verde, casi invisible. Junto a él, otro.

En los días siguientes, los brotes se abrieron en hojas. El bastón seco se cubría de verde ante sus ojos. Lo que durante años fue madera muerta se volvía, poco a poco, árbol. Y a su tiempo, el árbol dio fruto.

El Patericón lo llama milagro. No era una receta para hacer reverdecer cualquier palo seco. Era el regalo de Dios al final de una obediencia larga y humilde.

El anciano recogió los frutos y los sostuvo un momento en la palma. Allí donde tres años antes clavó un bastón sin vida, cosechaba ahora fruto verdadero.

Los llevó a la iglesia, donde se reunían los hermanos, y se los ofreció: «¡Tomen y coman del fruto de la obediencia!».

Los hermanos los probaron y se maravillaron. Para ellos, el fruto era dulce. Para Juan, sabía también a noches bajo las estrellas, a brazos cansados y a todas las mañanas en que el palo siguió seco.

Muchos años después, Juan el Pequeño llegó a ser él mismo un

LA HISTORIA COMPLETA · DESDE LOS 8 AÑOS

4 / 4

gran abba. Acudían a él personas cansadas de las pruebas, que querían rendirse. Él las escuchaba y las animaba. La paciencia no la aprendió en los libros, sino en el camino, con un cántaro en brazos.

Se dice que aquel árbol se mostró mucho tiempo a quienes llegaban a Escete. Descansaban a su sombra y oían la historia del discípulo que regó tres años un palo seco. Y seguían su camino con una esperanza nueva: ninguna obediencia hecha con amor se pierde.



«Con su paciencia ganarán sus almas».

Lucas 21, 19



UN PENSAMIENTO PARA GUARDAR

Lo que nos enseña

La obediencia hecha con amor y paciencia hace fructificar incluso lo que parece seco.

Para nosotros, el palo seco parece algo sin esperanza. Pero el anciano no quería enseñarle a Juan jardinería, sino obediencia y paciencia. Obedecer es confiar en quien te guía con amor —en tus padres, en el padre espiritual, en Dios— aun cuando no ves enseguida el resultado. Tener paciencia es no rendirse después de un día, una semana o un mes. Muchas cosas buenas de nuestra vida crecen como el árbol de Juan: despacio, sin que se note. La oración de cada noche, el estudio, la práctica de un instrumento, la amistad con alguien difícil de querer. Durante años parece que no pasa nada. Luego, un día, aparecen los «frutos». Dios bendice el esfuerzo hecho con fidelidad.

PARA LOS MAYORES · 12-14 AÑOS

Vivimos en el mundo del «ahora»: queremos resultados rápidos, «me gusta» inmediatos, progresos visibles en un día. La historia de Juan Colobós es lo contrario: tres años de trabajo sin ninguna señal de que valga la pena. Piensa en algo que dejaste porque no veías resultados (un deporte, un idioma, la oración de la noche). ¿Qué pasaría si lo «regaras» con paciencia un año más? Y otra cosa: obedecer no significa hacer cualquier cosa que te pidan. Juan obedecía a un hombre bueno, que lo quería y lo llevaba hacia Dios. Nadie tiene derecho a pedirte cosas que te hagan daño o que debas guardar en secreto: de eso hablas enseguida con un adulto de confianza.



Hablamos en familia

1 ¿Qué le pidió el anciano a Juan?

Respuesta: Regar cada día un palo seco, hasta que diera fruto.

2 ¿Por qué era difícil regar el palo?

Respuesta: El agua estaba muy lejos: salía por la tarde y volvía por la mañana.

3 ¿Qué pasó después de tres años?

Respuesta: El palo reverdeció y dio frutos, que el anciano llamó «el fruto de la obediencia».

4 ¿Qué cosa buena te gustaría «regar» con paciencia en tu vida?

Respuesta libre.

LA BUENA OBRA DE LA SEMANA

- Planten una semilla de frijol o de trigo en una maceta. El niño la riega solo cada día, sin que se lo recuerden, y anota lo que ve.
- Haz caso a la primera cuando en casa te piden algo bueno, sin «ya voy» y sin refunfuñar.
- Elige un «árbol de la obediencia» para un mes: un hábito pequeño (la oración de la noche, hacer la cama) que cumplas cada día.



ORACIÓN BREVE

*Señor, dame un corazón obediente y paciente,
para no rendirme cuando es difícil.
Haz que dé fruto en mí todo lo bueno. Amén.*

PARA LOS PADRES

Los niños pequeños pueden «representar» la historia: uno es el anciano; otro, Juan, que va por agua. Más que el milagro en sí, subrayen los días corrientes de ir por agua: ahí nació el fruto. No usen la historia como un arma («¿Ves? ¡Tienes que obedecer!»), sino como un ánimo.

HISTORIA 54



Abba Agatón y la piedra en la boca

Del Patericón · Abba Agatón

**EN ESTE CAPÍTULO**

La historia para los pequeños · 4-7 años

p. 26

Hablamos con los pequeños

p. 28

La historia completa · desde los 8 años

p. 29

Lo que nos enseña · Hablamos en familia

p. 33

LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS · 4-7 AÑOS

1 / 2

En el desierto había tanto silencio que se oía el viento pasar sobre la arena. A veces, en lo alto, giraba un águila, y al anochecer las estrellas se encendían una a una. En una celdita, un monje tejía cestas y escuchaba el silencio.

Se llamaba abba Agatón. Cuando alguien venía a verlo, lo dejaba hablar hasta el final. Nunca lo interrumpía. Y cuando respondía, elegía las palabras con cuidado, como piedras preciosas.

Pero no había nacido así. A veces también él quería contestar rápido, enfadado. Sabía qué fácil se escapa una palabra que hiere.

Por eso tomó una decisión: aprender a callar cuando una palabra apresurada podía hacer daño.

El Patericón cuenta que, durante tres años, abba Agatón tuvo una piedrecita en la boca para aprender a callar. Fue la lucha de un santo antiguo, no un juego. ¡Nosotros nunca nos ponemos piedras en la boca!

La piedrecita lo ayudaba a detenerse. Antes de hablar, tenía que sacarla. Y en ese momento le daba tiempo a preguntarse: «¿Es verdad lo que quiero decir? ¿Es bueno? ¿Es útil?».

A veces, después de pensar, decía una palabra buena. Otras veces callaba. Y muchas veces su silencio era la mejor respuesta.

LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS · 4-7 AÑOS

2 / 2

Pero Agatón no callaba cuando alguien necesitaba ayuda. Sabía consolar a un hermano triste, dar un consejo y decir con claridad lo que está bien.

Un día, los hermanos le preguntaron: «Padre, ¿qué es lo más difícil?».

Agatón pensó un poco y respondió: «Perdónenme, pero creo que nada es más difícil que rezar a Dios. La oración exige lucha hasta el último aliento».

Los hermanos se sorprendieron. Creían que hablaría del ayuno o del trabajo duro. Pero Agatón sabía que, para hablarle a Dios de todo corazón, hace falta un corazón tranquilo. Y esa calma la había aprendido, año tras año, con su piedrecita.

La piedrecita quedó en la historia. Pero el regalo más hermoso de Agatón era otro: quien llamaba a su puerta encontraba a alguien que escuchaba de verdad.



DESPUÉS DE LA HISTORIA PARA LOS PEQUEÑOS

Hablamos con los pequeños

Unas preguntas sencillas para después de la historia. Dejen que el niño responda con sus palabras; las respuestas son solo una ayuda.

1 ¿Qué sabía hacer bien abba Agatón?

Respuesta: Escuchar hasta el final, sin interrumpir.

2 ¿Qué tuvo en la boca durante tres años?

Respuesta: Una piedrecita, para aprender a callar cuando una palabra podía herir.

3 ¿Podemos ponernos piedras en la boca?

Respuesta: ¡No! Es peligroso. Lo de Agatón fue una lucha antigua, no un juego.

4 ¿Qué dijo Agatón que es lo más difícil?

Respuesta: La oración.

LO HACEMOS JUNTOS

- Jueguen al «juego de escuchar»: cada uno habla por turno, y los demás escuchan hasta el final.
- Antes de responder enfadados, cuenten en silencio hasta tres.



UNA PEQUEÑA ORACIÓN

*Señor, pon guardia a mi boca
y ayúdame a decir palabras buenas. Amén.*

LA HISTORIA COMPLETA · DESDE LOS 8 AÑOS

1 / 4

En el desierto de Egipto, los días pasaban despacio, al ritmo del sol. Por la mañana la arena aún estaba fría, a mediodía el aire temblaba de calor y al atardecer el cielo enrojecía sobre las rocas. Los monjes vivían entre la oración y el trabajo manual, y las palabras eran pocas.

En la celda de Agatón solo se oía el susurro de las palmas que tejía. Sus dedos trabajaban rápidos y seguros, vuelta tras vuelta, y la cesta crecía despacio entre sus rodillas. Si un hermano llegaba a la puerta, el anciano dejaba el trabajo, le hacía sitio en la estera y escuchaba.

Los hermanos lo buscaban justo por eso. Junto a Agatón no había que darse prisa. Podías buscar las palabras, detenerte, empezar de nuevo. Él esperaba tranquilo, mirándote, hasta que lo decías todo.

Pero esa paciencia no había crecido sola. Agatón sabía, por su propia lucha, qué rápido se le escapa a uno una palabra que luego querría retirar. El enfado pasa. La palabra lanzada contra otro se queda.

El Patericón guarda de él un testimonio insólito: durante tres años, Agatón llevó una piedra en la boca, hasta que aprendió a callar. Es la lucha de un santo de hace mucho, no un ejemplo a imitar. Las piedras no se ponen en la boca. Agatón no nos pide eso: nos muestra con qué seriedad luchó contra su propia lengua.

La piedra lo detenía. Para hablar, primero tenía que sacarla. Y en ese breve instante, entre el pensamiento y la palabra, había sitio para unas preguntas: ¿Es verdad lo que quiero decir? ¿Es bueno? ¿Es útil?

A veces, las preguntas lo cambiaban todo. Algún hermano venía y empezaba a hablar de otro que no estaba presente. «He oído que...», «Dicen que...». Agatón sentía cómo se le preparaba en los labios una respuesta, una opinión, una palabra que habría llevado más lejos la sospecha.

Entonces apretaba la piedra entre los dientes. ¿Sabía de verdad lo que había pasado? ¿Hacía falta contar la historia otra vez? El hombre del que se hablaba no estaba allí para defenderse. A menudo, tras ese instante, Agatón callaba, y el rumor se detenía a la puerta de su celda.

Más difícil era cuando una palabra lo tocaba a él: un hermano descontento, una palabra injusta, una acusación dicha a la ligera. Entonces la respuesta áspera parecía saltar sola, ya hecha y afilada.

Una vez vino a verlo un hermano joven, rojo de enfado. Apenas se sentó, empezó a hablar rápido y en voz alta contra otro hermano que lo había tratado injustamente. Agatón no lo detuvo. Dejó a un lado el tejido y lo escuchó. Poco a poco, la voz del joven bajó. Al final también él calló, y en aquel silencio dijo, casi sorprendido: «Quizá yo también fui demasiado duro con él». Agatón apenas había dicho una palabra.

Agatón aprendía a no confundir prisa con sabiduría. Dejaba que la piedra lo detuviera. Y en el silencio que seguía, oía a veces lo que antes no había notado: el cansancio en la voz del hermano, su inquietud, quizá un dolor oculto tras las palabras duras.

Al tejer, podía deshacer una vuelta torcida y hacerla de nuevo. Con las palabras no pasaba lo mismo. Una palabra dicha no podía deshacerse como una vuelta de tejido. Salía de la boca e iba adonde quería.

Pero el silencio de Agatón no era un muro. Hay también un silencio frío, de desprecio, que hace que el otro se sienta rechazado. Agatón buscaba otro silencio: uno en el que cualquiera pudiera acercarse sin miedo.

Sabía lo lejos que puede llevar la ira. Por eso decía unas palabras que los hermanos no olvidaron: «El hombre airado, aunque resucitara

LA HISTORIA COMPLETA · DESDE LOS 8 AÑOS

3 / 4

muertos, no es agradable a Dios». Ninguna gran obra cubre un corazón que hierve de ira.

Y cuando tenía que hablar, hablaba. Si un hermano estaba en peligro, le avisaba. Si algo estaba mal, decía con claridad que estaba mal. Su silencio no escondía la verdad. Solo la hacía más suave.

Así pasaron los tres años. La piedra era solo una señal. El verdadero cambio había ocurrido dentro: en cómo Agatón recibía a sus hermanos y en las palabras que elegía decir. Pocas palabras, pero buenas. Los hermanos se las llevaban a casa y pensaban en ellas días enteros.

Un día, unos hermanos vinieron a él con una gran pregunta: «Padre, de todas las luchas espirituales, ¿cuál cuesta más esfuerzo?».

Quizá esperaban oír hablar del ayuno largo, de las vigilias o del duro trabajo del desierto.

Agatón los miró con bondad y respondió: «Perdónenme, pero creo que no hay esfuerzo mayor que rezar a Dios. Cualquier otra tarea, si perseveras en ella, encuentra descanso. La oración, en cambio, exige lucha hasta el último aliento».

Los hermanos callaron. Agatón sabía de qué hablaba. Incluso cuando los labios dicen las palabras de la oración, los pensamientos pueden huir lejos: a una preocupación, a un enfado, a algo que se oyó. Reunirlos una y otra vez ante Dios es la lucha de toda una vida.

Entonces los hermanos entendieron mejor la piedra en su boca. Agatón no había callado para parecer sabio, sino para recoger su corazón. Y un corazón recogido puede estar ante Dios con atención.

Cuando los hermanos se fueron, Agatón tomó de nuevo las palmas. La celda quedó en calma. Fuera, el sol bajaba hacia las rocas.

LA HISTORIA COMPLETA · DESDE LOS 8 AÑOS

4 / 4

En algún sendero, un hermano se llevaba consigo una palabra del anciano. Quizá se la diría a otro. Quizá la recordaría solo años después, en un día difícil.

Agatón no podía saber adónde llegaban sus palabras. Precisamente por eso las pesaba con tanto cuidado antes de dejarlas ir. Y quienes llamaban a su puerta recibían, cada vez, el mismo regalo: alguien que los escuchaba hasta el final y les respondía con bondad.



«Pon, Señor, guardia a mi boca y una puerta alrededor de mis labios».

Salmo 141 (140), 3



UN PENSAMIENTO PARA GUARDAR

Lo que nos enseña

**Antes de hablar, «saca la piedra» y pregúntate:
¿es verdad, es bueno, es útil?**

La piedra de abba Agatón no era un castigo, sino una ayuda: le daba un instante para detenerse antes de hablar. Nosotros también necesitamos ese instante. Muchas peleas en familia o en la escuela empiezan con una palabra dicha demasiado rápido, con nervios. Si nos detuviéramos solo un segundo, quizá elegiríamos otra palabra o elegiríamos callar. El silencio cristiano no significa no hablar nunca ni estar triste. Significa guardar el corazón y la boca, para no esparcir maldad, chismes ni alabanzas a uno mismo. Y el buen silencio tiene un regalo: nos ayuda a escuchar a los demás y a Dios. Pero atención: hay cosas que NO debes callar. Si alguien te hace daño o te pide guardar un secreto que te hace sentir mal, habla con un adulto de confianza.

PARA LOS MAYORES · 12-14 AÑOS

Hoy también «hablamos» mucho con los dedos: mensajes, comentarios, reacciones, historias. Un mensaje enviado con nervios queda escrito y puede reenviarse. Prueba «la piedra de Agatón» en versión digital: antes de enviar un mensaje enfadado, espera diez minutos y reléelo. ¿Todavía te representa? ¿Estarías orgulloso si lo leyera todo el mundo? Quizá, como abba Agatón, descubras que las mejores respuestas llegan después de una pausa. Y el silencio —sin teléfono, sin música en los auriculares— es el lugar donde puedes oír lo que de verdad sientes y donde puedes rezar.



Hablamos en familia

1 ¿Qué se puso abba Agatón en la boca y durante cuánto tiempo?

Respuesta: Una piedrecita, durante tres años.

2 ¿Para qué le servía la piedra?

Respuesta: Para detenerse y pensar antes de hablar.

3 ¿Qué tres preguntas podemos hacernos antes de hablar?

Respuesta: ¿Es verdad? ¿Es bueno? ¿Es útil?

4 ¿Hay cosas que no debemos guardar en secreto?

Respuesta: Sí: lo que nos daña o asusta se le cuenta a un adulto de confianza.

LA BUENA OBRA DE LA SEMANA

- El juego de la piedra: cada uno recibe una piedrecita (¡en el bolsillo, no en la boca!). Cuando va a decir algo feo, aprieta la piedra en la mano y calla.
- Una comida en silencio: una vez por semana, los primeros cinco minutos de la comida son sin hablar, solo con oración y gratitud.
- Escribe en un papel las tres preguntas («¿Verdad? ¿Bueno? ¿Útil?») y pégalo junto a tu mesa o en tu puerta.



ORACIÓN BREVE

*Señor, pon guardia a mi boca.
Ayúdame a decir solo palabras buenas
y a callar cuando mis palabras herirían. Amén.*

PARA LOS PADRES

Expliquen claramente a los pequeños que las piedras no se ponen en la boca: es peligroso. Usen como señal una piedrecita en el bolsillo. Distingan entre el buen silencio (no chismorrear, no herir) y el «silencio» que esconde un mal: ese no es virtud y hay que contarlo.

RECUERDOS DE NUESTRA FAMILIA

Nuestras propias historias

Aquí guardamos un buen momento de nuestra casa, una historia de los abuelos o una oración que sentimos respondida.



El bien empieza con un pequeño paso.